

gracias á las delegaciones populares de los barrios por la manifestacion imponente que habian organizado.

La consecuencia de esta conducta cobarde fué la prolongacion del estado provisional, cuyo término anhelaba todo el país, la mancha de ilegalidad con que nació la asamblea nacional, como obra del pueblo bajo de París, y la creencia muy fundada de que no era la asamblea sino el pueblo parisiense la autoridad suprema de París y de toda la Francia. Además dió lugar este suceso á que la demagogia pasara revista á sus fuerzas, ensayara su estado de disciplina, se convenciera de la obediencia de las masas y cobrara confianza en su poder.

Desde entonces este partido trabajó con actividad redoblada para hacer su propaganda en todo el país y vencer el día de las elecciones. Con el dinero que facilitó Ledru-Rollin de los fondos del Estado á la junta central de París, organizó esta juntas locales y de distrito en cuantas poblaciones y departamentos pudo, para conmover y excitar al pueblo y socavar la disciplina del ejército, que hasta entonces se habia conservado incorrupta y rígida. Los emisarios torpes é indolentes fueron reemplazados por otros mas activos y hábiles, y para vigilarlos y fiscalizar sus trabajos, nombró la direccion central del partido representantes regionales para varios departamentos. No contento con esto el ministro del Interior autorizó á la comision permanente de los barrios de París, alojada en el palacio del Luxemburgo, y al club obrero de París á enviar á cada departamento dos ó tres emisarios á expensas del gobierno; pero fuera de algunas grandes ciudades manufactureras, como Lyon y Ruan, esta propaganda brutal y molesta no encontró ninguna aceptacion. Esta disposicion fria y refractaria del país hacia augurar á los agitadores democráticos una derrota segura en las elecciones, y de consiguiente la pérdida del poder, por cuya razon procuraron olvidar las diferencias que tenian enemistados á sus tribunos con los del partido socialista, para apoyarse mutuamente en las urnas electorales. El anarquista Blanqui era el obstáculo principal para esta union y el gobierno todo deseaba inutilizarle; pero tanto era el dominio que ejercia sobre las masas mas bajas, que ni la revelacion de haber delatado á sus compañeros de conspiracion cuando estuvo preso y encausado en 1840, fué bastante para hacerle perder crédito á los ojos de sus partidarios, excitados por él mas que nunca contra el orden y la sociedad. El programa de todos estos partidos disolventes se concentraba principalmente en los puntos siguientes: salida del gobierno de los hombres de opiniones moderadas que formaban la mayoría; aplazamiento de las elecciones por tiempo indeterminado, nombramiento de una junta de salvacion pública en lugar de una asamblea constituyente, y proclamacion de la república democrática y social en lugar de conservadora ó moderada. Para esto conspiraban y preparaban públicamente un gran golpe.

Por otro lado Lamartine empleaba todas sus fuerzas en el difícil é ingrato trabajo de mantener la union quebradiza entre los miembros del gobierno provisional, siquiera hasta la reunion de la asamblea nacional, á pesar de que muchos individuos de este mismo gobierno eran conocidos públicamente como jefes de la conspiracion. En efecto, el ministro del Interior, Ledru-Rollin, estaba destinado á ser el dictador de la nueva república democrática; Flocon, Luis Blanc y Albert debian formar con Blanqui, Sobrier, Cabet, Raspail y Kersausie la junta de salvacion pública, y el prefecto Caussidière tenia preparados para apoyar el golpe su guardia de montañeses, la republicana y el cuerpo de vigilancia. La situacion de la mayoría de los miembros del gobierno provisional era tan desesperada en frente de tan formidables

enemigos, á cuyos jefes abrigaba además forzosamente en su seno, que se veia obligada á cambiar con frecuencia y sin aviso previo el local de sus sesiones para no ser víctima de una sorpresa y quedar en manos de los demagogos. Para mayor seguridad y por lo que pudiera suceder, Lamartine se rodeó, en calidad de ayudantes é ingenieros, de algunos ex-alumnos de la escuela politécnica, y aun entró en tratos con algunos jefes de la conspiracion para convencerlos de lo anti-patriótico de su conducta, aunque sin resultado, lo cual además le valió despues en la asamblea nacional ser acusado de duplicidad, bien que se justificó brillantemente diciendo: «Sí, ciudadanos, he conspirado con Raspail, he conspirado con Sobrier y he conspirado con Blanqui; he conspirado como conspira el para-rayos con el rayo, para desviar la electricidad.» La única confianza que le quedó era el general Negrier, que mandaba en Lila una division de 25,000 hombres y estaba secretamente convenido para acudir al primer aviso pasando por Amiens ó Abbeville á socorrer al gobierno y cubrir en caso necesario su retirada; pero si bien esto era ya mucho, podía llegar el auxilio demasiado tarde á causa de la gran distancia que le separaba de París. Un gran socorro era Marrast, el alcalde mayor de la capital, que vigilaba estrechamente todos los manejos de los conspiradores. Marrast cooperó vigorosamente á la organizacion rápida de la guardia móvil y procuró atraer á los oficiales recién elegidos de la guardia nacional á la causa del orden. Para mayor fortuna, no hubo union ni completo acuerdo de pareceres entre los demagogos. Ledru-Rollin ardía en deseos de ser dictador, pero le repugnaba ser instrumento de los demás jefes; prometió coadyuvar á la revolucion é impedir que la fuerza pública tocara llamada, pero no quiso que se vertiera sangre ni estar en contacto para nada con Blanqui, cuya prision estaba decidida entre él y Caussidière tan pronto como se hubiese dado el golpe de Estado, á fin de inutilizar para siempre á aquel hombre repugnante.

El 15 de abril Ledru-Rollin y Luis Blanc comunicaron oficialmente al gobierno provisional, del cual formaban parte, el propósito del club de presentarle al día siguiente sus pretensiones conducentes á la república social. Casi al mismo tiempo publicó el *Boletín de la República* un artículo redactado por Jorge Sand, que simultáneamente fué impreso en grandes carteles fijados en los puestos de costumbre. Este artículo señalaba las barricadas como la última razon en caso de que las elecciones no dieran el triunfo á la república social. Las noticias que el gobierno recibió de los clubs, que se habian declarado en sesion permanente, eran siniestras, cuando á última hora faltó á Ledru-Rollin el valor, cobró horror á sus amigos los anarquistas y por la mañana del 16 de abril de 1848 descubrió á Lamartine todo cuanto se tramaba. Ya era hora; los momentos eran preciosos, porque los enemigos del orden estaban ya formando sus huestes, pero Lamartine supo aprovecharlos; mandó á Ledru-Rollin, como ministro del Interior, que diera orden de tocar al instante generala; el general Changarnier, que acababa de llegar de Argelia, se encargó de defender el palacio del ayuntamiento, residencia del gobierno provisional; se avisó al general Duvivier que pusiera sobre las armas la guardia móvil y acudiera con ella, y se dió igual orden á la guardia nacional. Ya se habia puesto en movimiento la hueste enemiga, reunida en el campo de Marte, y que llegaba á 40,000 hombres, dirigiéndose al palacio del ayuntamiento para apoderarse del gobierno. Ya se divisaba la cabeza de la columna insurrecta, pero cuando el peligro estaba cerca y todo parecia perdido, llegó á paso de carga la legion décima de la guardia nacional para oponerse de frente, y simultáneamente varias columnas de la guardia móvil desde las calles laterales cortaron á los insur-

rectos en otras tantas secciones interponiéndose entre ellos. Entre tanto acudieron nuevas masas de guardia nacional, y antes de haber tenido tiempo de desenvolverse, la apiñada muchedumbre de los amotinados quedó dividida en muchos trozos y vencida. Sofocada esta sublevacion, nadie quiso ser su autor, pero cuando el gobierno pasó revista á sus fuerzas el 22 de abril, fiesta nacional de la fraternidad, presentó en la formacion 300,000 guardias nacionales de la capital y de sus arrabales y 15,000 hombres de tropa de línea, que con motivo de la fiesta habia llamado de fuera.

El descalabro de la insurreccion influyó naturalmente en las elecciones, en las cuales la causa del orden salió triunfante hasta en París, donde la demagogia tenia tomadas todas las medidas para que salieran 20 diputados obreros, 14 de los defensores de la clase obrera y ninguno del gobierno. En lugar de esto, salió electo Lamartine por 259,800 votos, casi por unanimidad, en París, y nueve veces en los departamentos con 2,300,000 votos; Dupont de l'Eure fué electo tambien en París por 245,983 votos, y sucesivamente salieron con menos votos los demás miembros del gobierno provisional, ocupando Ledru-Rollin por el número de votos el 24.º lugar y Luis Blanc el 27.º, y en lugar de 20 obreros salieron electos únicamente tres. Los principios moderados habian obtenido tal victoria que el sufragio universal hizo diputados á tres obispos y veinte curas, sin contar al padre Lacordaire, que figuró en la extrema izquierda. El elemento socialista, vencido por una mayoría inmensa, se volvió á ocultar en las sociedades secretas y en los clubs.

La asamblea, compuesta de 900 representantes, en su mayor parte noveles, y de todas las opiniones imaginables, desde la socialista mas exagerada hasta la legitimista y ultra-reaccionaria, pero en su gran mayoría monárquica, tenia no obstante la mision de fundar una república en un país muy ajeno á esta forma de gobierno, pero que la aceptó como única bandera que por el momento representaba el orden material posible, salvo el desertar de esta bandera tan luego como hubiera otra mas simpática. No obstante esta reserva mental, la asamblea, apenas abierta el día 4 de mayo, aniversario de los Estados generales de 1789, y despues de haber resignado en sus manos el gobierno provisional sus poderes, proclamó la república como forma perpetua del gobierno de Francia. Votado esto, salió toda la asamblea al peristilo del palacio para mostrarse al público aclamando la república. El nombramiento de una comision ejecutiva compuesta de cinco miembros, que fué decidido igualmente por la asamblea como de absoluta necesidad, advirtió á Lamartine que su sinceridad, rectitud y talento le habia costado una buena parte de su merecida popularidad, porque despues de haberle dado sus compatriotas en las elecciones una muestra de su aprecio como mas grande no se habia visto nunca, le eligió para el poder ejecutivo solo despues de Francisco Arago, Garnier-Pagés y Marie, é inmediatamente despues á Ledru-Rollin. La causa fué que Lamartine, en oposicion á todo su partido, que estaba decidido á no admitir ningun elemento revolucionario en el poder ejecutivo, quiso que se admitiese en él, como se hizo, á Ledru-Rollin, asegurando que si no se hacia, no aceptaria él tampoco si fuese elegido; todo para evitar una reaccion parlamentaria que habria exasperado al partido extremo, y para tener á la vista á un personaje tan temible en lugar de dejarlo abandonado completamente á la influencia de su partido.

Este poder ejecutivo no era compatible con el poder de los clubs revolucionarios, que debian desaparecer so pena de que á la primera ocasion acabasen con el gobierno. La asamblea rechazó casi por unanimidad la proposicion que renovó Luis Blanc de crear un ministerio para los asuntos

de la clase obrera, y por el contrario, nombró una comision para estudiar la cuestion obrera, á fin de acabar de una vez con todos los proyectos utópicos. Esto irritó naturalmente á los obreros contra la asamblea, como antes lo habian estado contra el gobierno provisional, y Luis Blanc, lleno de ira, renunció á la presidencia de la junta central popular de los barrios que tenia su residencia en el palacio de Luxemburgo. Al partido obrero, á los socialistas y anarquistas se agregó despues el partido de la guerra, que habia contado con la revolucion europea y que hizo prevalecer la idea de presentar á los diputados una peticion múnstruo á favor de la Polonia, que siendo rechazada daria el pretexto para disolver la odiada asamblea constituyente. Esta última y el gobierno estaban al corriente de lo que tramaban los enemigos del orden, pero desgraciadamente el general Courtois, jefe de la guardia nacional y hombre inepto y vanidoso, omitió dar las órdenes y tomar las disposiciones que requería el caso, y el prefecto Caussidière tampoco cumplió por su parte el deber que tenia de efectuar las prisiones que el gobierno le habia indicado. Caussidière y el alcalde Marrast dijeron que ellos respondian con sus personas de la actitud pacífica de los directores de la manifestacion proyectada, la cual no tomaron ó aparentaron tomar por lo serio.

El día 15 de mayo, fijado para la manifestacion, ocupó la tribuna en la asamblea constituyente Wolovsky, polaco naturalizado en Francia, solicitando el auxilio de la Francia para la Polonia, mientras los manifestantes se dirigieron hacia la asamblea con su peticion firmada en la plaza de la Bastilla, pidiendo que la nacion declarara inmediatamente la guerra á Rusia. Ningun obstáculo encontraron, y cuando llegaron al edificio salió solamente Lamartine para disuadirles de su intento; pero fué inútil, la multitud empujó á Lamartine á un lado y penetró súbitamente en el salon de sesiones. Luis Blanc no fué mas feliz; dirigió la palabra á las masas, haraposas y rudas, felicitándolas por su número y su poder irresistible y suplicándolas que se retirasen pacíficamente despues que se hubiese leído su peticion; pero su discurso no produjo el efecto deseado. Los diputados continuaban graves en sus puestos sin inmutarse en medio del tumulto, pero tambien sin saber qué hacer, cuando de repente sube á la tribuna Barbés y pide el envío de un ejército á Polonia, una contribucion de mil millones de francos á cargo de los ricos y la salida de las tropas de París, y declara traidor á la patria á todo diputado que votare en contra. Siguenle en la tribuna Raspail y Blanqui, que piden uno tras otro que se declare inmediatamente la guerra á toda la Europa en nombre del pueblo francés; pero en aquel momento oyese tocar generala, gracias á Arago y Garnier-Pagés, que al ver el giro que tomaban los sucesos habian salido disimuladamente del salon de sesiones y habian ido al ayuntamiento en busca de auxilio. Entonces estalla en el salon un grito de furor; los demagogos se ven chasqueados; el presidente de la asamblea, amenazado de muerte, envía orden de cesar el toque de generala para ganar tiempo; ya no se acuerda nadie de la Polonia; Huber, uno de los oradores mas furibundos de los clubs, declara con voz estentórea y en nombre del pueblo engañado, disuelta la asamblea; el presidente es arrancado á la fuerza de su sillón, los sublevados plantan un gorro rojo en la tribuna y proclaman un gobierno provisional compuesto de Barbés, Huber, Luis Blanc, Caussidière, Estéban Arago, Ledru-Rollin y Flocon, que inmediatamente firman una infinidad de decretos. Así pasaron cuatro horas, durante las cuales los miembros de la asamblea nacional no se atrevian á respirar; pero al cabo de este tiempo se oyeron los tambores de la guardia móvil, y al oírlos, el pánico se apoderó repentinamente de los intrusos,

que abandonan en tropel el salón y el edificio buscando su salvación en la fuga. Llegó en esto la guardia nacional y ocupó el salón, y después el palacio del ayuntamiento, donde Barbés se había instalado ya en calidad de dictador con su gobierno provisional, y por último llegaron Lamartine y Ledru-Rollin á la cabeza de la tropa de línea. La causa del orden había triunfado.

Pronto supo el país por los papeles cogidos á los presos el peligro de que se había librado; el saqueo, la matanza y las proscripciones de las personas acomodadas y ricas eran el objeto á que aspiraban los apóstoles de la fraternidad y de la humanidad. El horror que produjeron estas revelaciones fué indescriptible, pero también fué grande la indignación del público contra los miembros del poder ejecutivo que no habían sabido evitar semejante atentado y que después hasta se mostraron más inclinados á echar tierra al asunto que á aplicar la ley á los culpables. En efecto, se prendió y formó causa al general Courtois por no haber cumplido con su deber, y se destituyó al prefecto Caussidière con su guardia de corps; pero no era esto bastante para tranquilizar los ánimos mientras veían el poder supremo en manos de una autoridad tan débil y hasta sospechosa. Desde entonces ganó terreno el deseo de una dictadura capaz y enérgica como única salvación mientras durase la república. Así lo demostraron las segundas elecciones que hubieron de hacerse para cubrir 42 vacantes en la asamblea constituyente y que resultaron casi en su totalidad á favor de partidarios del orden y de la monarquía.

Entre los candidatos de estas elecciones hubo dos que causaron hondos recelos al poder ejecutivo, á saber, Joinville y Luis Napoleón. El primero, que había puesto en movimiento á todos los partidarios de su familia y todas las demás palancas electorales, fué eliminado luego por el decreto de proscripción que la asamblea votó en 26 de mayo contra toda la familia de Orleans, pero este decreto favoreció al otro candidato.

Luis Napoleón había salido de la capital de Inglaterra á la primera noticia de la revolución, y por la noche del 27 de febrero había notificado su llegada á París al gobierno provisional, diciendo que había acudido sin más ambición que la de ser útil á su patria; pero el gobierno, atribulado con otros asuntos urgentes é importantes, prefirió prescindir de sus servicios y le rogó que volviese sin dilación por donde había ido. A la mañana siguiente regresó á Inglaterra el autor de las ridículas intenciones de Estrasburgo y Boulogne, ciertamente por fortuna suya, porque de haberse quedado entonces habría sido probable que se hubiese gastado pronto sin poder lucirse en el primer período de la república, tan henchido de confusiones nada á propósito para dar gloria.

Pero si Luis Napoleón no pudo quedarse en Francia, otros tres miembros de su familia lograron introducirse después en la asamblea constituyente, que fueron los príncipes Pedro Bonaparte, Napoleón Bonaparte y Luciano Murat, á pesar de los decretos de proscripción de 1816 y 1832. Vino la insurrección de mayo, y tras ella el desengaño de la nación respecto de la república y de la conservación del orden, y en las segundas elecciones salió diputado electo en cuatro distritos el príncipe Luis Napoleón, y en cinco distritos Thiers. Desde aquel instante se puso en movimiento todo el partido napoleonista, y trabajando con una actividad y energía inauditas, resucitó la leyenda napoleónica y explotó con celo hasta grosero el descontento reinante mientras su héroe continuaba en Inglaterra; de suerte que el gobierno no pudo menos de convencerse de que todo aquel entusiasmo obedecía á un plan fácil de adivinar. Los napoleonistas hicieron proponer á la asamblea constituyente por sus dipu-

tados, capitaneados por Pietri, la anulación de los decretos de proscripción lanzados contra la familia Bonaparte, á cuya proposición contestó Cremieux, ministro de Justicia del poder ejecutivo, que con la revolución de febrero habían quedado anulados virtualmente todos los decretos de proscripción en general. Sin embargo, el 12 de junio pidió el gobierno á la asamblea autorización para aplicar la ley de proscripción del año 1832 al príncipe Luis Napoleón y para ponerle preso si pisara el territorio francés, interin la asamblea no resolviera otra cosa. Ya era tarde, tanto habían progresado los trabajos del partido napoleonista que á pesar de los vivas á Napoleón que con creciente frecuencia se oían en las calles, y de un tiro que una mano alevosa había disparado contra el jefe de la guardia nacional, la asamblea acordó la admisión del diputado Luis Napoleón. La izquierda votó en su favor para demostrar su rectitud republicana y el ningún temor que le inspiraba el sobrino del emperador. Julio Favre se expresó con tal motivo en estos términos: «Si al ciudadano Bonaparte ocurriera intentar una miserable parodia del manto imperial, que no cuadra á su estatura, sería puesto al instante fuera de la ley y arrastrado por las calles;» y la derecha votó con la izquierda para dar un disgusto al gobierno republicano.

Luis Napoleón, por su parte, mostró en todo una prudencia y un talento admirables; supo aguardar, y en lugar de correr ansioso á París, prefirió preparar mejor el terreno y hacer hablar de sí sin ponerse él mismo en escena. Escribió, pues, al presidente de la asamblea: «A punto de ir á ocupar mi puesto, oigo que mi elección ha dado lugar á desórdenes lamentables y ha servido de pretexto á errores fatales. Conocedor de las calumnias insolentes que me han tomado por blanco, no he buscado el honor de ser representante del pueblo, y mucho menos buscaré llegar al poder. Mi nombre es un símbolo del orden, de la nacionalidad y de la gloria. Si el pueblo francés me impone deberes, los sabré cumplir.» Esta obra maestra de redacción equívoca excitó la ira de los republicanos y Cavaignac notó que el príncipe había eludido de intento la palabra república. El 16 de junio llegó otra carta del príncipe en la cual renunciaba á su investidura de diputado en estos términos: «Estaba yo orgulloso de haber sido elegido en cuatro distritos representante del pueblo; era esta elección, á mi modo de ver, una indemnización magnífica de treinta años de proscripción y de seis años de prisión; sin embargo, la sospecha insultante que empaña mi elección, los desórdenes á que sirvió de pretexto y la hostilidad del poder ejecutivo, me imponen el deber de rechazar un honor que muchos atribuyen á intrigas. Yo deseo el orden y la conservación de una república sabia, inteligente y grande, y como favorezco el desorden á pesar mío, deposito en manos de V. mi renuncia con el sentimiento más profundo.

»Pronto, espero, quedará restablecido el orden, lo cual me permitirá regresar á Francia como el más humilde de sus ciudadanos, pero también el más decidido partidario de la tranquilidad y prosperidad de mi país.» Esta modestia y este desinterés patrióticos formaban un contraste notable con la pasión fiera de los republicanos que conducía al país al abismo á pasos agigantados; y cuanto más duraba y aumentaba la zozobra, más partidarios reclutaba el partido bonapartista de todos los bandos, impulsados los unos por el despecho y el odio y los otros por el temor. Así estuvo por un lado en contacto con los republicanos rojos y por el otro con la derecha moderada y monárquica. Los periódicos más anárquicos, al lado de las listas de proscripción de personas ricas y distinguidas que se complacían en publicar, ponían alabanzas del ciudadano Napoleón y comunicaban á sus lectores noticias íntimas sobre toda la familia Bona-

parte; mientras los hombres de orden se acordaban de que fué un Napoleón quien á principios del siglo sujetó al monstruo de la anarquía, y olvidando al necio ambicioso empezaban á ver en Luis Napoleón un salvador del país. Cada día se hacía más evidente que el poder ejecutivo, con su composición heterogénea, sus divisiones interiores y las antipatías que despertaba en la asamblea constituyente, era un baluarte impotente contra los clubs, que esperaban impacientes la primera ocasión para tomar el desquite de la derrota del 15 de mayo. La sociedad de los Derechos del Hombre rehizo sus cuadros y para pasar revista á sus huestes organizó para el 25 de junio de 1848 un banquete por suscripción á 25 céntimos el cubierto, que reunió en pocos días 15,000 firmas. El banquete se efectuó y cada comensal recibió á los postes cuatro cartuchos para cuando fueran necesarios. El día 15 de julio fué designado para dar el golpe; pero acercándose el momento en que todos los obreros que trabajaban por cuenta del Estado iban á ser despedidos, según decreto de la asamblea nacional, se apresuró el desenlace.

El número de obreros sin trabajo á cargo del presupuesto había subido á 120,000, en cuyo número se descubrieron 15,000 que se habían introducido fraudulentamente entre los demás y de ellos 20,000 individuos licenciados y escapados de presidio (1). Sofocada la sublevación del 15 de mayo la asamblea resolvió acabar con semejante estado de cosas alistando á todos los obreros solteros sin trabajo de 18 á 25 años en las filas del ejército, autorizando á los industriales y empresarios á escoger obreros de los ramos que necesitasen, y previniendo que los que no aceptaran el trabajo fuesen borrados de las listas, lo mismo que los obreros de fuera que no hubiesen llegado á París por lo menos seis semanas antes de solicitar ocupación del Estado. En lugar de cobrar los restantes jornal fijo, se les pagaría por el trabajo que hubiesen hecho, y finalmente, se autorizaba al poder ejecutivo para enviar brigadas de los obreros que mantenía á los departamentos donde se ejecutaban grandes obras públicas. Dos días antes de introducir estos cambios fué despedido y trasladado por la fuerza pública á Burdeos Emilio Thomas, el iniciador y creador de esta institución desgraciada. Después de haber acostumbrado durante tres meses á esta masa de hombres á la holganza, el súbito rigor que á la sazón se desplegaba excitó una exaltación y un odio indecibles, sin mejorar casi nada la situación, porque los 120,000 se redujeron á 105,000, de los cuales solo 2,000 trabajaban. En vano pidió el gobierno á esta masa individuos para trabajar en varias obras públicas en la Sologne, en Saintonge y en la cuenca del Loira: nadie respondió al llamamiento, y las sociedades secretas hicieron todo lo posible para que nadie se ausentara de París para no perder este ejército obrero, organizado en brigadas y ranchos, práctico en las calles de la capital y mantenido por el Estado.

En la sesión del 15 de junio expuso Goudchaux á la asamblea el mal estado de la institución de los llamados talleres nacionales, diciendo al fin de su discurso: «Estos talleres nacionales deben desaparecer, empezando por los de París y acabando por los de provincias; y entiéndaseme bien, no han de reducirse, sino que han de desaparecer.» La asamblea nombró una comisión para estudiar el asunto, renovó el decreto del 17 de mayo y el periódico oficial, *Le Moniteur*, dijo el 22 de junio que se había hecho una necesidad ineludible la supresión de estos talleres nacionales, que impedían el restablecimiento de las industrias y del trabajo en general. Un grito de ira y de odio fué la contestación de los obreros.

(1) Delord, *Histoire du second Empire*, tomo I, pág. 92.

Por la noche del mismo día 22 de junio se formaron grupos, y á la mañana siguiente se levantaban en las calles y plazas de medio París innumerables barricadas, construidas según un plan general estratégico, bien estudiado desde mucho tiempo. Sin embargo, esta vez estaba el gobierno mejor preparado que la otra. El general Cavaignac, ministro de la Guerra desde el día 17 de junio de 1848, había conseguido aumentar la guarnición de París disimuladamente hasta 29,500 plazas, á cuyas fuerzas se agregaban diez y seis mil hombres de guardia móvil y 2,500 de la guardia republicana. Además tenía escalonados 8,000 hombres de tropa á lo largo del ferro-carril de Bourges, de manera que podían acudir á la capital á la primera señal. La experiencia de lo sucedido en 24 de febrero decidió á la junta de generales á adoptar como parte principal de su plan de defensa el proteger ante todo eficazmente á la asamblea nacional y al poder ejecutivo, es decir, las Tullerías y el palacio del ayuntamiento. De los barrios obreros no comparecieron los guardias nacionales, porque los unos formaban parte de los insurgentes y otros se abstuvieron de cumplir la consigna á consecuencia de las amenazas y peligro inminente que habían corrido aisladamente, y algunas legiones, formadas ya, se pasaron á los sublevados. En los demás barrios la fuerza cívica cumplió perfectamente con su deber y hasta tomó dos grandes barricadas en el arrabal Poissonnière con grandes pérdidas. El general Damesme defendió con la guardia móvil con éxito completo el vasto y populoso distrito que se extiende entre el Panteón y el Sena. El general Bedeau cumplió con su encargo de sostenerse en el palacio del ayuntamiento y de conservar la comunicación con el río, y para facilitar el ataque del arrabal de San Antonio, foco y ciudadela de la insurrección, extendióse por la calle de Saint Jacques hacia el Panteón. A Lamoricière tocó la misión de limpiar de insurrectos el distrito entre la iglesia de Santa Magdalena y el Chateau d'Eau y de rechazarlos de los bulevares á los arrabales; y teniendo pocas fuerzas para mantenerse en todas las barricadas tomadas, le llevó el mismo Cavaignac, hacia las cinco de la tarde, siete batallones más. En todos los puntos el gobierno hizo preceder el ataque de tentativas de conciliación por medio de la persuasión; pero siempre sin éxito, y lo mismo hizo Lamartine en persona con igual resultado negativo cuando Lamoricière hubo llegado á la formidable barricada de la esquina del arrabal del Temple y de la calle de Saint Maur, que después de una sangrientísima lucha quedó en poder de la tropa. En toda esta jornada había tenido la tropa 195 muertos y gran número de heridos, entre ellos dos generales, Bedeau y Thomas, sin que la insurrección hubiese perdido notablemente terreno, pero se había adquirido la seguridad de la fidelidad absoluta del ejército. La guardia móvil, que había inspirado sospechas, se había portado con bravura, y lo mismo había hecho la guardia nacional. Hacia media noche llegó guardia nacional de fuera, prueba de que el país acudía al socorro de su capital.

Mientras la lucha ensangrentaba todavía las calles, la asamblea nacional dió el paso decisivo decretando la disolución de los talleres nacionales; pero uniendo la prudencia y los sentimientos humanitarios á la severidad, votó al mismo tiempo tres millones de francos para las familias obreras sin recursos, otros tres millones para facilitar y fomentar las asociaciones obreras, y cinco millones para auxiliar á la pequeña industria. Aquel mismo día resolvió disolver la junta del poder ejecutivo, que se había hecho imposible con sus tendencias encontradas, y nombrar en su lugar un dictador. Para este cargo no había otra persona más adecuada que el general Cavaignac, hijo de un republicano de la Convención